



CAPÍTULO XXV.

VALLE DEL JORDAN Y MONTAÑAS DE ARABIA.

SALIMOS del convento á las tres de la tarde, y su-
biendo el arroyo, volvimos á tomar nuestro camino

sierto está en un valle muy profundo, que es el que tiene su origen desde el huerto de Gethsemani, que llaman valle de Josafat.

En la mitad de lo profundo de este valle, hay un convento de monges griegos del orden de San Basilio, muy capaz y bueno. Tiene una maravillosa iglesia: en lo mas bajo y último del convento hay una fuente hecha milagrosamente por las oraciones de San Sabá, para que tuviesen agua que beber los monges, porque no hay otra por todo aquel país. Por todo este valle, que coge grandísimo distrito, hay infinidad de cuevas en que vivian los monges, los cuales en ciertos dias del año venian al convento á tratar y comunicar al santo, y á frecuentar la sagrada comunión, y juntamente á recibir su santa bendición.

El ver la aspereza de aquel valle, su sequedad y soledad tan grande, y aquellas naturales cuevas en aquellos riscos y peñascos, causa verdaderamente grandísimo horror y confusión, y mucho mas el considerar lo mu-

hacia levante. Por una abertura de las montañas descubrimos á Jerusalem: yo no sabia lo que estaba viendo, pues me parecia un monton de rocas hechas pedazos. La repentina aparicion de esta ciudad de desolaciones en medio de tan horrorosa soledad, no podia ménos de causarme espanto: verdaderamente que era la reina del desierto.

Seguimos nuestro camino: las montañas presentaban el mismo aspecto, siendo siempre blanquizas y polvorosas, sin árboles, sin yerbas, ni aun musgo alguno, y de consiguiente sin que se pudiese gozar de la menor sombra. A las cuatro y media bajamos de la encumbrada cordillera de estos montes á otra ménos elevada. Anduvimos cincuenta minutos por una eminencia siempre igual, y llegamos por fin á las últimas montañas que ciñen al occidente el valle del Jordan y el mar Muerto. Iba ya á ponerse el sol, y nos apeamos para dejar descansar los caballos, con lo que pude considerar despacio el lago, el valle y el rio.

cho que padecian aquellos santos monges, y la áspera y rigurosa penitencia que hacian.

Dentro del convento está el sepulcro donde fué enterrado San Sabá. Está la celda de San Juan Crisóstomo, la de San Juan Damasceno, la de San Cyrilo, y la de otros muy insignes santos.

Aquí perseveran hoy día algunos monges de dicha orden, los cuales hacen rigorosísima y asperísima penitencia, tanto que pone miedo y espanto. No comen jamas sino unas habas ó garbanzos cocidos en agua. Ayunan siete cuaresmas al año con tanto rigor, que no comen sino á puestas del sol, y esto tan poco y malo, que es mayor penitencia el comerlo.

Aquí vimos uno que habia catorce años estaba encerrado en una torrecilla muy alta y muy angosta: no conversaba con nadie: con una soguilla que él echaba, subia un poco de pan y agua; y por mucho regale unas aceitunas, y esto era los dias de pascua.

Cuando se habla de un valle se le considera ó cultivado ó inculco: si cultivado, se halla cubierto de sembrados, de viñas, de ganados y de aldeas: si inculco, tiene prados ó bosques: si le baña un río, este forma sus recodos, y las colinas tienen también sus revueltas, cuya perspectiva fija agradablemente la vista de los caminantes.

Pero aquí nada de esto se halla, pues os debeis figurar dos largas cordilleras de montes, que corren paralelamente desde el septentrion al mediodia sin recodo alguno. La cordillera de levante llamada montaña de Arabia, es la mas alta; y vista á la distancia de ocho á diez leguas, se diria que era una gran muralla perpendicular, sin distinguirse en ella cumbre ó punta alguna, y solo sí algunas ligeras inflexiones, como si la mano del pintor que tiró esta línea horizontal sobre el cielo, hubiese temblado en algunas partes.

La cordillera de poniente pertenece á las montañas de Judea, y es ménos elevada y mas desigual que la cordillera del oriente, de la que se diferencia también en su formacion, pues se compone de grandes montones de greda y arena que semejan malamente á haces de armas, á banderas arrolladas, ó á tiendas de campaña puestas á la orilla de alguna llanura. Al contrario, por la parte de Arabia forman rocas negras y cortadas á pico, que extienden su sombra á lo léjos sobre las aguas del mar Muerto. El mas pequeño pajarillo no encontraria entre aquellas rocas una yerbezuela con que alimentarse: todo indica la patria de un pueblo re-

probado: todo parece respirar aun el horroroso incenso del que provinieron Ammon y Moab.

El valle que se forma entre estas dos cordilleras de montes, presenta un terreno semejante al suelo de un mar que se hubiese retirado de él mucho tiempo ántes; pues se ven playas de sal, un légamo seco, arenas movedizas y como surcadas por las olas. De cuando en cuando se hallan algunos miserables arbustos que trabajosamente crecen en esta tierra privada de todo principio de vida: sus hojas están cubiertas de la sal con que se han alimentado, y su corteza tiene el olor y el gusto del humo. En lugar de aldeas se descubren las ruinas de algunos torreones. Por en medio del valle pasa un río, cuyas aguas no tienen color alguno y parece que se arrastran con pena hácia el pestífero lago que se las sorbe. No se distingue su curso en medio de la arena sino por los sauces y cañizares de su orilla, y entre ellos se oculta el árabe para acometer al caminante y robar al peregrino.

Así son estos parages famosos por las bendiciones y maldiciones del cielo: este río es el Jordan: este lago es el mar Muerto: parece cristalino; pero también parece que las culpables ciudades que oculta en su seno, han emponzoñado sus olas. Sus solitarios abismos no pueden nutrir ningun ser viviente (*): ningun bajel ha surcado sus olas (**): en sus orillas no se ven aves, ni ár-

(*) Algunos autores son de contraria opinion; pero luego veremos que tal vez no es con bastante fundamento.

(**) Strabon, Plinio y Diodoro de sicilia, hablan de almadías, en las cua-

boles, ni verde alguno: y sus aguas, al mismo tiempo que en extremo amargas, son tan pesadas que los mas fuertes huracanes apénas las pueden conmover.

Cuando uno camina por la Judea, al principio se siente fastidiado; pero cuando pasando de soledad en soledad, ve el espacio sin límite alguno, poco á poco se disipa el fastidio y siente un secreto terror, que léjos de abatir el alma, la dá ánimo elevando tambien sus ideas. Aquellos aspectos tan extraordinarios denuncian por todas partes una tierra tantas y tantas veces milagrosa: el sol abrasador, el águila impetuosa, la higuera estéril, toda la poesía, todos los cuadros de la Escritura están allí. Cada nombre contiene un misterio: cada gruta declara lo que está por venir: cada cumbre de un monte resuena con la voz de un profeta. El mismo Dios habló en estas playas: los arroyos secos, las rocas hendidas, los sepulcros entreabiertos, atestiguan el prodigio; el desierto parece aun mudo de terror, y se diria que no se atreve á romper el silencio desde que oyó la voz del Eterno.

Espantosa es la pintura que hace aquí Chateaubriand de las montañas de Arabia, y de los sitios que lo separaban de aquellas alturas; pero detras de estas, el pais de Moab no presenta imágenes tan tristes, ni soledades tan funestas. Léase si no lo que dice otro viajero haber oido de boca de los árabes que conocian aquella comarca.

Los árabes van á coger el asfalto. Diodoro describe estas almadías, que eran hechas de juncos tejidos. Tácito habla de un barco, pero claramente se engaña.

Me he puesto á platicar, dice un viajero, con los árabes que han habitado en el antiguo pais de Moab, y me han hablado de él como de una tierra fecunda y magnífica. Aquí valles risueños regados de arroyos y corrientes, cubiertas sus orillas de carrizales y de plátanos, allí llanuras sembradas de plantíos de cebada y de trigo. Muéstrase en este pais la naturaleza bajo mil aspectos diversos: se pasa de un fresco paisaje á un sitio terrible, de una escena encantada á otra muy seria. Tribus vagabundas conocidas por el nombre de árabes moabitas habitan estas montañas; sus cabras, camellos y caballos pacen las yerbas de los valles. En esta tierra de Moab donde ántes se elevaban tantas ciudades, no se halla hoy mas que una poblacion de cuatro mil habitantes llamada *Derdie*, y ocho ó diez pueblos pequeños. Separados los moabitas en sus montes y valles parecen como desterrados de la historia de las naciones, y nadie sabe en Europa, que ahora poco se levantaron y tomaron las armas para atacar á la Siria.

Nada de nuevo diria yo si recordara la espedicion de Balduino I hecha en las montañas de Arabia; tal vez será mas interesante hablar de Crac, ó la antigua Petra. El dragoman José es natural de Crac, á quien muchas veces le he preguntado acerca de las curiosidades de su pais. Aun está en pié el castillo de Crac, y hay en la ciudad siete ú ocho mil habitantes: está rodeada de rocas y estas rocas presentan monumentos admirables. Se ven allí tumbas semejantes á unos palacios, con columnatas, estatuas, y todos los ornatos

de una brillante arquitectura. El monumento llamado *el Tesoro de Faraon*, interesa mucho al viagero: allí está alojada la muerte con la mayor magnificencia. Ninguna de estas mansiones fúnebres, que hacen del valle de Petra una magestuosa necrópolis, están maltratadas por el tiempo, y creemos que tampoco se arruinarán sino al ruido de la trompeta del juicio. Los arroyos, hermosados con el laurel rosa, y con muchos arbustos y flores, suavizan los colores tristes de Petra donde se mezclan las risueñas imágenes de la vida con las imágenes sombrías de la tumba. Petra en tiempo de las cruzadas fué un señorío frances. Todos los monumentos admirables, á los cuales no llega hoy el mas resuelto viagero, sino con mucho trabajo, estaban bajo el dominio de nuestros caballeros.

